



BLANCA

HISTORIA INVEROSÍMIL

—
POEMA DE M. DEL PALACIO

I

No sería justo confundir á D. Manuel del Palacio con la turbamulta de versificadores que se empeñan en que los tomemos por verdaderos poetas.

La importancia que este escritor tiene á los ojos de la crítica desapasionada, se funda principalmente en el valor real de lo que llama Gautier el sentimiento de la forma. «La cuestión de *métrica*, dice este ilustre artista de la palabra en su prólogo á las *Flores del mal* de Baudelaire, la cuestión de la métrica, desdeñada por todos los que no tienen el sentimiento de la forma, y son muchos hoy, tiene gran importancia á los ojos de nuestro poeta. Nada más común ahora que tomar lo *poético* por la poesía. Son cosas que no tienen ninguna relación. Fenelón, J. J. Rousseau, Chateaubriand, Jorge Sand, son *poéticos*, pero no son poetas; es decir,

que son incapaces de escribir en verso, ni aun mediano, *facultad especial que poseen personas de un mérito muy inferior al de esos maestros ilustres. Querer separar el verso de la poesía, es una locura moderna.*» Copio todas estas palabras de Gautier, porque me sirven para dar idea del mérito principal que atribuyo á Palacio; es uno de esos hombres inferiores, como ingenio, á otros muchos que no son poetas y sí *poéticos*, en el sentido de Gautier, y que posee el valor especial de la forma rítmica.

En la crítica literaria, de literatura artística, suelen intervenir hombres que, con grande talento, no tienen el gusto especial de la que habrá que llamar, para que nos entendamos, la *poesía del verso*. El mismo Taine, que es tan gran crítico, es ante todo un filósofo, y siempre filósofo, como ha dicho perfectamente P. Bourget, y en toda su crítica literaria, sin excepción de su famosa *Historia de la literatura inglesa*, se resiente de esa tendencia casi exclusiva y del desdén con que mira el aspecto *métrico* de la poesía. Así, es injusto juzgando á Boileau y á Pope, como juzgando al mismo Despreaux fué injusto Guillermo Guizot, que tampoco tenía el sentimiento de la forma. En cambio, Sainte-Beuve, que sentía el verso y sabía escribirlos muy buenos, enmienda la plana á Taine en este punto, reclamando para aquellos poetas el mérito de la forma métrica, que llega más adentro, en las entrañas del arte, de lo que piensan muchos.

También conviene traducir las palabras de Sainte-Beuve á este propósito: «Concibo que no se atribuya toda la poesía al *oficio*; pero no concibo que cuando se trata de un arte, para nada se tenga en cuenta el arte mismo, y que se desprecie tanto á los obreros que en él se distinguen. Suprimid de un golpe toda la poesía en verso; eso será más expeditivo; y si no, hablad con estimación de los que poseen sus secretos.»

Me he permitido estas citas de autores muy considerables, para que se vea que al atribuir á Palacio, como principal mérito, el de la buena forma poética, no es tan poco lo que se le atribuye.

Es, en efecto, uno de los contados escritores en verso que conservan algo, aunque no sea mucho, de aquel arte misterioso de la dicción poética castellana de nuestro Siglo de Oro, sobre todo por lo que toca al número y ritmo del endecasílabo, que tiene más secretos de los que pueden revelar las *poéticas* hablando de sílabas y acentos; hay en el endecasílabo castellano muchas más bellezas y armonía recóndita de palabras y pensamientos de las que pueden enumerar y reglamentar los preceptistas. Lo que no tiene Palacio es la riqueza de vocabulario poético, ni el caudal de giros nobles y expresivos que se admira en algunos líricos y dramáticos antiguos.

Entiéndase, sin embargo, que estas excelencias de la forma que reconozco en el popular poeta no se encuentran en todos sus versos, ni en los más siquiera.

Palacio se prodiga de manera lamentable por lo excesiva; escribe, en cuanto se los piden, versos de circunstancias; tiene la manía del soneto, no huye del álbum, acude á las calamidades públicas, canta glorias de tropo, es patriotero á veces, y hasta escribe poesías que pueden figurar en una hoja de servicios á tal causa ó partido político.

En la mayor parte de los escritos de estos diferentes órdenes no hay nada que nos recuerde siglo de oro que valga. En tales casos Palacio se agarra como un cualquiera al ripio salvador, sobre todo al ripio que toma un verso entero y más á veces; recurre á la frase poética... *hecha*, y es muy capaz de llenar un cuarteto sin decir nada.—No se trata de este Palacio, sino del que ha escrito algunas, si no muchas, poesías propiamente escogidas.

En cuanto al aspecto psicológico de sus obras, se puede decir que es un *espiritualista sensual*. Después de la belleza del verso, lo que más agrada en Palacio es la frescura de la imagen y la sinceridad del sentimiento. Cuando filosofa poéticamente, que es pocas veces, no se levanta, ni lo pretende, sobre el vulgar sentido común; tal vez no se pueda citar ni un solo pensamiento suyo que revele observación profunda y original; pero sabe vestir á veces con forma de hermosura plástica las ideas corrientes.

Lo que mejor pinta es la sensación del amor en su momento más carnal, y lo que mejor dice es su emo-

ción ante las generales lacerias de la vida vulgar con sus desengaños ordinarios. Lo primero que se ve en los mejores versos de Palacio, en aquellos que transparentan su alma y sus sentidos sobre todo, es que no se trata de un hombre superior en ningún respecto. Pero esto mismo da á sus poesías selectas el atractivo que se encuentra en esas novelas en que un autor experto (no uno cualquiera) pinta la poesía de lo mediano, de lo ordinario, de lo más general en el mundo.

Arrepentimientos; el dejo del vicio pasado; el recuerdo melancólico de alegrías lícitas é ilícitas, repentinos idealismos que se cifran en el amor del hogar y de los hijos; y, de camino, la pintura de color vivo y propio de escenas y figuras voluptuosas, esto es lo más y lo mejor de los versos, dignos de ser leídos, que puede ofrecernos este autor.

No ha inventado nada, ni lo pretende; ni siquiera en este género de lirismo sensual y armonioso puede pasar por el primero de nuestros días; pues el primer poeta de los sentidos y de los arrepentimientos vulgares y de la hermosa, sincera, viva expresión y pintura de todo esto, es D. Adelardo López de Ayala, que no contento con ser el autor de *Consuelo*, nos dejó en sus poesías líricas verdaderos modelos de arte. (No en todas, por supuesto, porque el coleccionador tuvo desgraciado tacto al escoger, y publicó fragmentos que eran para olvidados.) Sí, López de Ayala, de quien, como lírico, debía hablar la crítica largo y tendido, es,

entre nuestros poetas modernos, el que más se parece á Palacio...; pero es claro que á mucha mayor altura sin que Palacio ande por los suelos.

No, ni mucho menos. ¡Es tanto todavía escribir con lenguaje de noble y clara poesía el glorioso endecasílabo castellano, recordando como un eco aquella misteriosa habilidad perdida de la métrica española! Y más es poco además acertar á decir, de modo que interese y conmueva y sea música para el oído, para la fantasía y para el corazón, lo que se siente ante la belleza de la mujer, ante los recuerdos, ante la *saudade* y frente á frente de los remordimientos y de las grandes verdades morales que contradicen los pruritos de la sensualidad casi inconsciente!...

—

Blanca es el último poema de Manuel del Palacio escrito y publicado en Montevideo: llega ahora al público español, y de él hablo, porque merece ser considerado así por sus bellezas como por sus defectos.

El asunto es acaso uno de los más felices que ideó su autor; los versos son á veces dignos del poeta y de su argumento; pero muchos de ellos entran en la categoría de aquellos que antes señalaba como condenados al olvido. Por la importancia que doy á la forma, según todo lo dicho, se explica que tome en cuenta los versos

malos y los defectos de lenguaje y de estilo al censurar esta obrita.

El pensamiento de ella es éste, en pocas palabras: en la ciudad del Arno, hace ya muchos años, vagando una noche á la ventura, encontró el poeta en un baile de máscaras á Blanca; se hablaron y se amaron, como Safo, la de Daudet, y Juan Gaussin. Blanca era bailarina; pero por vocación, por amor al arte, y conservaba su pureza; una noche, en un baile fantástico, de mucho aparato, desde gran altura vino al suelo... y desde entonces es coja y ha tenido que dejar el oficio. El poeta le pide una cita para el día siguiente. Blanca le recibe en su casa, donde jamás ha entrado un hombre. El poeta le declara su amor; pero, con una nobleza que le honra, confiesa que no es un título de la renta perpetua, que aquel cariño puede durar siempre... y puede acabarse. Blanca no acepta semejante amor. No por esto el poeta deja de ofrecerla y entregarla el dinero que baste para que la pobre coja pueda volverse al lado de sus padres ancianos que viven en la aldea, pagando cierta deuda.

Blanca toma el tren. El poeta la acompaña á la estación. Allí se despiden... y se besan... Blanca vacila... pero al fin se va; se salva, vuelve á la aldea; su honra (y la del poeta) queda ilesa; sólo hay heridas para el amor. La idea es delicada, dulce y sencilla, de indudable belleza y relativa novedad. En los rasgos principales el desempeño corresponde á la concepción, á pesar

de ciertas *salidas* seudo humorísticas y claramente prosaicas, en que el poeta tal vez quiso seguir el gusto campoamorino, equivocándose, como todos los imitadores del poeta asturiano.

En semejante poesía, y tratándose de tal escritor, es claro que la expresión necesitaba ser primorosa, correcta de idea y de frase, concisa, á consecuencia de la misma corrección y precisión... Por desgracia, en muchos pasajes no hay nada de eso.

Empieza el poemita por unos cuantos versos que son de los que algunos estéticos alemanes motejaban de *nihilismo poético*.

Hay nombres que retratan; parecía
cuando envuelta en su túnica de nieve
luz á la estancia daba y alegría,
la que hoy mi musa á recordar se atreve,
cisne de pluma leve
arrojado á la tierra por acaso
en el risueño y apacible día
en que nació el amor...

Todo eso es indigno de Palacio, y especialmente lo subrayado.

¿Dónde la conocí? Lo tengo escrito
en el *sagrado libro* en que se escribe
lo *ideal*, lo *sublime*, lo *infinito*,
lo que nunca se olvida, *lo que vive*.

Esto es peor. ¡Desventurado *dilletante* el que necesite que le demuestren por qué!

Y de Orcagna en la Logia primorosa
mira, *con honda pena*,
de Perseo la hazaña valerosa,
y la angustia cruel de Polixena.

.....
Por calles y callejas extraviado,
solitario y sin guía,
más de la mente que *del pie cansado*,
.....
me condujo, venciendo mi *galvana*,
á una casa *ni nueva ni decente*.

.....
Caían desceñidos los cabellos
hasta rozar su falda;
tan rubios y tan bellos,
cual si fuera de un ángel la guirnalda.

.....
Traté de hablar con ella, y un sollozo,
brotando de su pecho acongojado,
convirtió en amargura *mi alborozo*.

.....
Y con el *ritmo* grato que *se estila*
en la patria del Dante.

.....
buscando en el *artístico* horizonte
.....
guarda la vida en su rodar constante
horas de anhelo grato,
de dulce paz, de angustia delirante
de calma ó de arrebato.

.....
Estos y otros muchos versos, cuyos defectos de distintas clases no he de comentar, porque no es Palacio

de esos que necesitan que se les metan por los ojos las reglas del bien decir, ni mucho menos escritor á quien convenga aplicar las burlas de la sátira, digo que esos versos y otros muchos desmerecen del conjunto del poema; que no por ser corto y de modesta apariencia deja de hacerse acreedor á la atención de la crítica.

Pero ¿por qué no emprende su autor trabajo de más aliento? No digo poema de mayores dimensiones, si éstas no le convienen, sino colección de poesías líricas, cortas ó largas, con algún lazo de unión entre sí, con una idea común; en fin, como los hacen fueran de España los poetas (1).

De todo corazón aseguro al autor de *Blanca* que él es de los pocos que deben seguir escribiendo poesía lírica castellana... aunque no siempre que se lo pidan.

(1) Al publicarse este artículo ya tenemos una colección de poesías de nuestro autor. Todavía no la conozco.



ALARCÓN

No abundan tanto los buenos escritores en España, que podamos impunemente cometer la ingratitud de olvidar en pocos años á los que, habiendo figurado no há mucho entre los principales, ahora callan ó reducen toda su actividad literaria á publicar ediciones nuevas y primorosas de sus *Obras completas*, como quien se despide del mundo amargo.

Puede el *noticierismo literario*, que es á la literatura lo que el caballo de Atila era á la hierba; puede esa plaga de la civilización prescindir de nuestras glorias ciertas, porque no son novedades, y poner en los cuernos de la luna á cualquier caballero amigo de la prensa, que quiere darse el gustazo de ser *genio* por una semana en la sección de noticias, y que ofrece en cambio al benévolo gacetillero el atractivo de un nombre inédito, la virginidad de una fama que en ocho días ha de yacer marchita.

Pero no puede hacer otro tanto, porque tiene más vergüenza, la crítica seria, aunque no sea académica, ni sabia, pero que es honrada y de conciencia estrecha en eso de dar á cada uno lo suyo. Seguir al vulgo es más fácil y más cómodo que contradecirle y hacerle ver sus errores, sus injusticias, sus imperdonables olvidos, sus absurdos entusiasmos.

Hace pocos años D. Pedro Antonio Alarcón era uno de los escritores de moda; y la gacetilla, siempre cortesana del buen éxito, tributaba al autor de *El Escándalo* elogios hiperbólicos aun antes de que saliesen á luz los libros del notable novelista. Vino el naturalismo, ó lo que sea, amostazóse Alarcón, dejó de publicar novelas, y en poco tiempo parece que pasó sobre él todo el polvo de un siglo; y los críticos improvisados, aves de paso que hoy son jueces literarios y mañana serán escribientes, diputados, ministros, cualquier cosa, menos artistas, no cuentan ya con el autor de *La Alpujarra* para nada, y en los recuentos de novelistas con que ilustran sus artículos casi nunca le nombran, ó le posponen á gente desconocida, pero más moderna, más de su tiempo.

El Sr. Alarcón, haciendo pagar á justos por pecadores, en el prólogo de sus *Obras completas*, que fué muy leído en su día, arremete contra todos nosotros, y á éste quiero á éste no quiero, aplica palo de ciego á cuantos críticos y novelistas encuentra por delante; y como nunca fué lo más robusto en Alarcón la filosofía,

sienta pasmosas teorías de una estética que sólo se salva de vulgar por lo disparatada, y alude, con malicia poco filosófica también, á ilustres rivales que ningún mal le han hecho; pues todas las glorias literarias caben en la fama, como todo los astros, con ser tal vez infinitos, caben en el cielo.

Mal hizo el Sr. Alarcón en publicar semejante prólogo; pero más daño hacen los que le desdeñan y olvidan por *idealista* ó por reaccionario.

Que hay algo generalmente antipático en el señor Alarcón como literato, es indudable; pero que es uno de nuestros mejores novelistas, es evidente.

Así como existe el tipo del progresista ridículo, tenemos el del reaccionario repulsivo. Si en aquel hacer un fanatismo cómico, por el contraste de la ignorancia con el ideal proclamado sin ser comprendido, en el retrógrado vulgar disgusta la falta de fe que se adivina debajo de las calurosas defensas de creencias que sólo son respetables en almas grandes ó en almas inocentes.

El Sr. Alarcón ha demostrado, siempre que ha querido decirnos cómo piensa, fuera de sus novelas, que sus ideas son vulgares, que su espíritu no está educado en las grandes meditaciones ni en los sentimientos hondos, y, en fin, que es algo así como un *morisco*, á la manera del que nos pinta Cervantes en la última parte de *El Quijote*, en aquel vecino de Sancho que respondía de la fe de su familia, pero no de la propia. Si alguna vez nos inclinamos por la elocuencia de

algún párrafo á creer en la sinceridad religiosa de Alarcón, lo más que vemos en él es un idólatra, un pagano, no de la clase de aquellos grandes paganos del Renacimiento, sino como lo era y aún lo es el pueblo.

Pero en cambio de estos y otros muchos *inconvenientes* de la personalidad literaria de Alarcón, tenemos en sus libros invención rica, original, fresca, amenidad, gracia, pasión, interés, fuerza, vida; y en el estilo, si no corrección, ni ciencia, ni mucho arte, soltura, espontaneidad y variedad agradables.

No es Alarcón, ni podrá ser nunca, un novelista de primer orden (llamando de primer orden nada más que á los del primero); mas si á tanto no llega, porque son pocos los que suben tan arriba, alcanza sobradamente á la región de la *gloria perpetua*, que también la hay para los que, sin descubrir continentes ni horizontes de ideas, ni géneros de arte, ni nada de eso, son capaces de escribir amenísimas fábulas, ocasión de sentir y soñar, de presenciar con la fantasía sucesos verosímiles, pero no ordinarios en nuestra vida sosa y reglamentada. Alarcón tiene lo que falta á casi todos los que escriben ahora aquí novelas: el arte de saber inventar argumentos interesantes, de hacer hablar á las pasiones su lenguaje propio y de encontrar las misteriosas perspectivas del interés. Si por otros conceptos no, por éstos merece seguir figurando al lado de nuestros mejores novelistas.

Escriba, pues, sin miedo, Esa conspiración del si-

lencio de que se queja, ni es tan poderosa ni tan general como él piensa, ni debe arredrar á un artista verdadero que ha de trabajar con un propósito algo menos pueril que el de verse objeto de artículos y gacetillas.

No se diga que el arte es un martirio; pero sí que puede llegar á serlo y que muy á menudo es un *purgatorio correccional*. Alarcón debe á su patria todas esas fábulas que dice que le bullen en el cerebro; y si no todas, aquellas que están más cerca de la vida, más próximas á la punta de la pluma.

Y si tanto le importa el éxito, y no se contenta con las satisfacciones de la conciencia, con el placer de escribir, repare que aún tiene amigos que le defiendan, y adversarios, no enemigos, que le hagan cumplida justicia y le estudien y le comprendan, y le llamen á voces por la mucha falta que está haciendo, aunque sólo fuera en calidad de contraste. Sí; escriba Alarcón, para que vean ciertos naturalistas, más ó menos convictos y confesos, de segundo y tercer orden, que hay algo más, como lo hubo siempre, que la imitación de los franceses, y que la soporífera observación superficial y pueril, exacta á veces, pero casi siempre insignificante.—Aparezcan, para bien de nuestras letras, que no son naturalistas ni idealistas, sino españolas, aparezcan nuevas novelas de Alarcón al lado de las que vayan publicando Galdós y Pereda... y Valera, si fuese tan amable...

Pero el tal embajador merece capítulo aparte.